

Herbert Read

Vivir como Vauvenargues

**Clásicos
de la crítica**

**Crítica
de los clásicos**

“Con Vauvenargues regresamos a la pureza del lenguaje, a la serenidad del pensamiento y a la integridad moral.” Estas palabras, con las que Sainte-Beuve comienza su ensayo sobre Vauvenargues, anuncian los tres aspectos esenciales de una de las figuras más interesantes en la historia de la literatura francesa. Sainte-Beuve vio en Vauvenargues un regreso, después de un período de mentira y frivolidad, a la seriedad del siglo XVII; encontró en su obra un presentimiento de la nueva seriedad que habría de distinguir lo permanente del siglo XVIII.

Vauvenargues nació en 1715 y murió en 1747. Fenelón había muerto en 1715, Bayle siete años atrás, Bossuet en 1704, y Pascal, que pertenecía a la misma generación, habría precedido a Bossuet en más de cuarenta años. En 1715 el mundo parecía tan vacío como en 1915, y siguió tan vacío durante la vida de Vauvenargues como lo está en nuestro tiempo —vacío de gracia, de fe, de fervor, de magnanimidad. Y es precisamente porque Vauvenargues se rebeló contra la banalidad de su época que ahora nos ofrece un valor actual, no sólo porque aquella banalidad tiene bastante en común con la de nuestro tiempo, sino de un modo más particularizado, porque las experiencias de Vauvenargues, y los hechos que auspiciaron su desengaño y provocaron

su fervor, fueron muy similares a las experiencias y hechos universales de nuestro tiempo [1938]. Surge su actualidad del hecho de que en base a sus experiencias y a partir de la profundidad de su desengaño, Vauvenargues construyó una posible filosofía de la vida.

Hay cierto paralelismo evidente entre la situación histórica que existía a fines del siglo XVII y principios del XVIII, y la situación que hemos enfrentado entre las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX. Un siglo de genios está detrás de nosotros como lo estaba detrás de los contemporáneos de Vauvenargues. Los genios no pueden ser manufacturados a voluntad, pero sí podemos tomar sus obras como base de una tradición. Sin embargo, y en lugar de una tradición, la reacción contra un período de autoconfianza suele tomar la forma de una resignación a la desesperación; y así como los contemporáneos de Vauvenargues recurrieron a un típico profeta de la desesperación como La Rochefoucauld, en nuestros días que no tenemos un La Rochefoucauld nos conformamos con exaltar a un montón de profetas menores. Las *Máximas* tienen la inestimable ventaja de su precisión; ahora nuestras energías introspectivas deben ser derrochadas terriblemente y sin llegar a nada en el auto-análisis.

Vauvenargues era el primogénito de un aristócrata empobrecido de Aix en Provence. Y fue destinado al ejército porque era ésa la única profesión que podía aceptar honorablemente un hombre de su cuna y su pobreza. Suponemos, por sus cartas y por muchas observaciones en sus escritos, que revelan su propio carácter, que tanto su mala salud como su temperamento no se adecuaban a las condiciones de la vida militar. Esto no significa que Vauvenargues despreciara la carrera de las armas o deplorara la necesidad de las guerras; más bien tendía a idealizar las virtudes militares y a ver en las hazañas heroicas la única constatación de la gloria. “No hay gloria consumada sin las armas”, es una de sus máximas. Y de inmediato entró al servicio activo en la Guerra de la Sucesión, en Polonia, que estalló en 1733 entre Francia y el Imperio. Pero esta campaña fue una de las menos inspiradas de toda la historia, y aunque no tenemos testimonios personales de este periodo, podemos estar seguros de que ofreció escasísimas oportunidades para que Vauvenargues ratificara en ella su personal idealismo. Su regimiento estuvo dos años en Italia, con pocas batallas y larguísimo intervalos de ocio desmoralizador. La campaña fue una farsa, pero aún faltaban los cinco años de paz que la siguieron para completar el desengaño de un espíritu lo suficientemente fuerte para sobrevivir al desconcierto de una guerra opuesta a la gloria. De este periodo tenemos la evidencia de una cantidad de cartas escritas por Vauvenargues a sus amigos en Aix, el Marqués de Mirabeau y Jules François Fauris de Saint-Vincens. Deducimos que tuvo poco





en común con sus compañeros oficiales, que odiaba las distracciones con que ellos mataban el tiempo. Vauvenargues era gentil por naturaleza, con una fisonomía común y corriente, débil de vista, y aunque atrevido en el espíritu, físicamente era tímido. Ni tenía las características para ser popular en tiempo de guerra, ni el servilismo para ascender en la jerarquía militar en tiempos de paz. Quizás tomó la vida demasiado en serio: podemos estar seguros de que suscitó desconfianza y suspicacias en sus compañeros, debido a su solemnidad, a su conciencia de sí mismo, y a ese poco de tosquedad inseparable de una forma sensitiva y reflexiva de pensamiento. El resultado del conflicto entre tal pensamiento y el medio que lo rodea siempre es el mismo: el pensamiento se introvierte, se idealiza a sí mismo y formula esas introvertidas fantasías que son la materia de una vida imaginativa.

La campaña en Italia había sido una farsa, pero Vauvenargues no estaba destinado a escapar de las realidades más crueles de la guerra. La campaña de Bohemia, de 1741 a 1743, es una de las más desastrosas de la historia europea; si uno exceptúa los campos minados, los bombardeos y el gas venenoso, es de dudarse que las guerras contemporáneas la excedan en horrores. Vauvenargues dejó Francia en julio de 1741, con su regimiento, como parte del ejército bajo las órdenes del Mariscal de Belle-Île. En noviembre las tropas francesas asaltaron y tomaron Praga con una facilidad que resultó fatal. Pues, una vez instalados ahí, se encontraron abandonados por sus aliados prusianos y rodeados por sus enemigos austriacos. Fueron atrapados en esa ciudad con la misma facilidad con que ellos la habían atrapado. Llegó el invierno, y pasaron los meses del año siguiente, sin que logran mejorar su situación. Se agotaban las provisiones. En agosto los franceses mataban a sus caballos para comérselos y sufrían terriblemente la carencia de sal. Los rumores de auxilio, como siempre, resultaron falsos; y conforme se acercaba el siguiente invierno el ejército comenzó a desesperarse. El propio Belle-Île se desesperó, y la noche del 16 de diciembre dejó secretamente Praga, con catorce mil soldados, y a marchas forzadas se internó en el país rumbo a Bavaria. Era la retirada de Moscú, en pequeña escala, pero la misma miseria. A la vera del camino morían cientos de hombres, abrumados de fatiga y frío. Cuando, después de diez días, el ejército llegó a territorio amigo, en Eger, se cuenta que muchos de los hombres se desmayaron y murieron, algunos de ellos "por acercarse demasiado a las fogatas". Las fuerzas de Belle-Île no llegaron finalmente a Francia sino hasta la primavera de 1743. Ahí permanecieron en descanso hasta junio, cuando nuevamente partieron, cruzaron el Rin y tomaron parte en la batalla de Dettingen.

Pero Vauvenargues era ahora un hombre quebrado. Estaba permanentemente enfermo por la helada de la campaña y había contraído una enfermedad

del pulmón de la que habría de morir cuatro años más tarde. También se había desgastado su espíritu. En Praga había perdido a un joven amigo, Hipólito de Seytres, en cuyo ardor y en cuya inteligencia Vauvenargues había visto realizadas las mismas cualidades que venía amando idealmente. Aquí nuevamente Vauvenargues parece anticipar una de nuestras más amargas experiencias recientes: cuando leemos sobre Hipólito de Seytres, pensamos en Wilfren Owen, en Otto Braun, en Charles Péguy [caídos en la Primera Guerra Mundial] y en muchos más que no han registrado sus nombres las elegías. El *Discurso sobre los placeres*, el *Discurso sobre la gloria* y los *Consejos a un muchacho* fueron escritos para Hipólito de Seytres; y el fervor de su idealización nos da la medida del pathos que corre subrepticamente bajo los párrafos, demasiado formales, del *Elogio fúnebre* que Vauvenargues escribió sobre su amigo. Ahora Vauvenargues comenzó a buscar un camino diferente a la gloria. Al regresar de Bohemia había solicitado en vano un puesto en la corte o en el Servicio Diplomático. Después de Dettingen renovó esa solicitud torpemente; esperó en vano una respuesta, impacientándose más cada día que pasaba. Finalmente, en enero de 1744, anuló sus solicitudes, arruinando con este gesto cualquier oportunidad de otro empleo por el tono de indignación con que lo hizo.

No tenía dinero, ni siquiera para regresar a París. Consiguió un préstamo y llegó en febrero a la capital. No estaba completamente desolado, pues durante el período posterior a la guerra había logrado contacto con el escritor más famoso de la época. Este nuevo amigo de Vauvenargues era nada menos que Voltaire, y no hay nada más hermoso en la historia de la literatura que la forma en que la gran figura triunfante de Voltaire estimuló y reconfortó a este desconocido aspirante a la literatura. Por 1743 Voltaire ya era famoso en toda Europa. Había recibido un ensayo comparativo sobre Racine y Corneille de un desconocido oficial del ejército. No era un tema muy original, y desde luego no el más atractivo para llamar la atención de un atareadísimo hombre de letras con su escritorio repleto de obras y papeles por leer. Pero Voltaire leyó el ensayo y se impresionó favorablemente; investigó la posición social del joven oficial que lo había escrito y quedó complacido. Mary Wallas, en un interesante estudio que ha dedicado a la vida y al pensamiento de Vauvenargues [*Luc de Clapiers, Marquis de Vauvenargues*, Cambridge University Press, 1928], da una buena descripción de lo que ocurrió: "Voltaire quedó complacido por la carta de Vauvenargues y por las referencias que de él escuchó. Amaba la admiración y la gratitud, le fascinaba ser consejero literario y era genuinamente bondadoso. Ya había ayudado y aconsejado a una buena cantidad de empeñosos escritores jóvenes, y le encantó la idea de añadir al inteligente oficial del ejército a su corte



de seguidores. La comparación entre Corneille y Racine, que reflejaba la convencional preferencia dieciochesca por Racine, no era muy interesante en sí misma, y en conjunto el ensayo estaba flojo y mal construido, pero Voltaire se dio cuenta, y esto honra sus poderes críticos, de los rasgos de inteligencia aguda en algunas de las reflexiones de Vauvenargues sobre el gusto literario. El detalle de que "el buen gusto es la simpatía rápida y verdadera por lo natural", y el pasaje al final de la carta en el que describe las diferencias de gusto que resultan de las diferencias de inteligencia y sensibilidad eran una prueba de que el escritor poseía aquel discreto tipo de originalidad que los franceses llaman "finesse", y que admiraban aun los críticos del siglo XVIII". "Depuis que j'entends raisonner sur le goût, escribió Voltaire, je n'ai rien vu de si fin et de si approfondi que ce que vous m'avez fait l'honneur de m'écrire". ("Nunca he escuchado nada tan fino ni tan profundo sobre el gusto como lo que me habéis hecho el honor de escribirme.")

Vauvenargues, en común con los aristócratas de su época y a pesar de su verdadera necesidad de expresarse a sí mismo, había hasta entonces desechado la profesión literaria. En su temprana juven-

tud había rechazado desdeñosamente la posibilidad de dedicarse a ella. Y aun ahora, estimulado por la seria consideración que Voltaire había mostrado hacia su ensayo de aprendiz, sólo pensaba usar la literatura para reforzar su carrera diplomática. Voltaire, que tenía en esa época gran influencia en la corte, sin duda alguna apoyó mucho la causa de Vauvenargues, y parece ser que por entonces le fue concedida una promesa definitiva de incorporarlo al servicio diplomático. Fue a su casa, en Aix, a esperar la notificación de esa incorporación, y mientras la esperaba sufrió un perverso golpe del destino: se enfermó de viruelas, con la que quedó más débil que nunca —desfigurado del rostro, la vista casi perdida. Ahora la carrera diplomática ya era cosa imposible. Así Vauvenargues quedó reducido a la última y más menospreciada forma de la gloria: la pluma. Sentía que le restaba poco por vivir (de hecho sólo vivió dos años más), pero ahora resolvió dedicarse a perfeccionar una filosofía de la vida, observando su propia máxima: "Para lograr algo que valga la pena, el hombre debe vivir siempre como si nunca fuera a morir".

La conversión de un hombre de acción en un hombre de letras es un proceso difícil. Quizás, en esencia, Vauvenargues nunca fuera realmente un hombre de acción, y sólo hubiera vivido como tal por necesidad. En ese caso el problema se vuelve el meramente técnico de traducir la experiencia en expresión. Pero esta traducción se vuelve difícilísima si la experiencia sólo ha llevado al desencanto. Vauvenargues estaba desencantado y enfermo en cuerpo y alma, pero se diferencia de sus comparsas contemporáneos en que él nunca perdió cierta especie de fe en la vida. La integridad y el coraje son inútiles sin esta fe sencilla. Y el caso de Vauvenargues se hace más y más interesante cuando se constata que su fe en la vida no era religiosa, sino una forma de estoicismo. Probablemente habría aceptado en lo básico la doctrina del pecado original, pero habría rechazado convertir ese dogma en un drama fatalista, a la manera de Pascal. Y la virtud original era tan patente para él como el pecado original; el hombre estaba situado en la polaridad del bien y del mal, y la necesaria salvación no estaba en el don de la Gracia, sino en la práctica del coraje. Sin embargo, en muchos sentidos Vauvenargues es un discípulo de Pascal. El pensamiento de Pascal siempre actúa como inspiración continua en Vauvenargues. "Pascal mueve la mente, escribió Vauvenargues, la sobresalta y la ilumina, y la fuerza a sentir el poder de la verdad." Y Vauvenargues sostuvo deliberadamente esta opinión contra las burlas que de Pascal hacía Voltaire.

Mary Wallas, en su crítica del pensamiento de Vauvenargues, insiste demasiado en el carácter fragmentario y en la confusión de su obra. Quizás ella ha caído en el común error de suponer que la construcción de un sistema de filosofía es la prueba





de un pensamiento sistemático; por el contrario, tal cosa a menudo no es sino una fachada destinada a disimular una estructura menos significativa. Sainte-Beuve estaba más próximo a la verdad cuando dijo que Vauvernargues, en su forma modesta de creación, trae a la pequeñez de las máximas y reflexiones algo del genio universal y totalizador de Leibniz, y que lo único que a Vauvernargues faltó fue tiempo para desarrollar su obra ya perfectamente establecida en lo que dejó. En sus máximas y fragmentos dispersos podemos reconocer una visión universal y no una mente meramente inquisitiva y mudable.

“Vauvernargues a l'âme antique”, ésta es otra de las frases decisivas de Sainte-Beuve. Como muchos otros grandes hombres, Vauvernargues había sido influido profundamente por la lectura de las *Vidas* de Plutarco, de Séneca y de las cartas a Cicerón que se atribuyen a Bruto. Hay un pasaje iluminador en una de las cartas que Vauvernargues escribió a su amigo Mirabeau: “Solía conmovirme de alegría hasta el llanto cuando leía las *Vidas*. No había noche en que no me imaginara estar hablando con Alcibíades, con Agresilao y otros. Entraba al Foro Romano a arengar con los Gracos o a defender a Cato cuando iban a lapidarlo. . . Por este tiempo también cayó en mis manos, no sé cómo, un libro de Séneca,

y poco después las cartas que Bruto escribió a Cicerón cuando estaba en Grecia, después de la muerte de César. Estas cartas están tan llenas de dignidad, de delicado sentimiento, de pasión y de coraje, que me era imposible leerlas a sangre fría. Leí estos tres libros juntos, y me conmovieron a tal grado que nunca he podido reprimir los sentimientos que me despertaron; la emoción me ahogaba y me hacía dejar los libros, salir corriendo de la habitación como hombre en arrebató, y correr lo más rápido que podía varias veces, de ida y vuelta, en una terraza bastante grande, hasta que la fatiga física lograba aliviarme de la agitación espiritual que me habían provocado los libros.” Tal es la verdadera forma de iniciación en la elocuencia. Tal es la verdadera iniciación en la realidad de la gloria.

“En ninguna otra parte, sino en aquellos siglos afortunados, escribió Vauvernargues en la misma carta a Mirabeau, uno logra apreciar bien la fuerza y la medida del corazón y del espíritu humanos; la libertad revela, aun en el propio exceso del crimen, la verdadera grandeza de nuestra alma; ahí las fuerzas de la Naturaleza en los abismos de la corrupción; ahí están la virtud sin límites, los placeres sin infamia, la inteligencia sin afectación, la dignidad sin vanidad, el vicio sin vulgaridad y sin máscaras.”

Vauvernargues tenía veinticinco años cuando escribió esta carta; todavía estaba caliente la campaña de Bohemia, pero su análisis de las virtudes romanas muestra aun entonces cierto realismo y la conciencia de las imperfecciones naturales que la experiencia le iba a confirmar. Pero ni en la vida ni en la historia Vauvernargues encontró justificación alguna para la desesperación.

En vez de admitir la desesperación, avizoraba la gloria. Ahora la gloria es una palabra desprestigiada, y será difícil restablecerla. La ha echado a perder su relación demasiado próxima con la grandeza militar, se la ha confundido con la fama y con la ambición. Pero la gloria verdadera es una virtud privada y discreta, que sólo se realiza plenamente en la soledad. No ha sido Vauvernargues, sino Traherne en sus *Siglos de meditaciones*, quien nos ha dado la verdadera definición de gloria: “La noble inclinación que hace al hombre anhelar la *Más Alta Virtud*, por encima del *Poder* y la *Riqueza*; y lo conduce como *Auriga Triunfador* a la *Felicidad* soberana. La *Gloria* sólo hace miserables a quienes abusan de ella. Si se sigue un *Falso Camino* para satisfacerla, sólo se perseguirá al *Viento*; sólo se trabajará para el *Fuego*, y al final de la labranza sólo se cosechará *Vanidad*. Por el contrario, el *Amor de Dios*, que es la *Fuente* de todo, no nos cuesta nada, ni todas las cosas que El ha preparado para satisfacer lo mejor posible nuestras inclinaciones, con libertad y sin exigirnos remuneración alguna. Viendo de este modo que toda satisfacción está al alcance de la mano, si pretendemos ir demasiado lejos sólo la perderemos,





y corriendo a lo lejos y alrededor de ella, como un ciego, nos quedamos sin ella. Las satisfacciones están exactamente en la *Puerta de Nuestros Sentidos*. Dios nos las ha generosamente aproximado, haciéndolas *Gloriosas y Asequibles*. Pues así como Dios no nos cobra nada por su amor, tampoco nos cobra por sus tesoros. Y esto es así porque Dios es *Maravillosamente Irracional*, y el modo de poseer sus tesoros es apreciarlos, y la forma de apropiarnos de ellos es rompiendo el *Mundo* en *Pedazos*, para examinarlos por *Separado*. Y si encontramos los *Pedazos* insuperables en su *Perfección*, los encontramos también *Totalmente Nuestros*, y reunimos los *Pedazos* con un placer que responde a la *Bondad Divina*. Entonces seremos los *Reyes del Mundo*, cuando rearmemos el *Mundo*, reinstalando cada *Pedazo* en su *Sitio*, y quedemos satisfechos con el *Conjunto Rearmado*. Esta *Apropiación de los Tesoros de Dios*, a base de desarmar y armar con *Perfección Humana* la *Creación*, es la *Verdadera Gloria*, y proporciona mayor *Felicidad* que las *Guerras* y las *Conquistas*.”

A menudo Vauvenargues trata de alcanzar tal definición de gloria, pero no logra captar su naturaleza real; es para él algo indefinible. En esencia, es algo intangible, como la luz —y siempre se han asociado en la mente del hombre las nociones de luz

y de gloria; el Cielo, por ejemplo, es al mismo tiempo la Ciudad de la Luz y la Ciudad de la Gloria. Para Vauvenargues la Gloria es el resplandor con que la virtud florece. El amor por la gloria es el sello de las grandes hazañas; toda grandeza y toda magnanimidad proceden, no del cálculo, sino de un deseo instintivo de gloria. Y se distingue la gloria de la fortuna, porque la fortuna exige compromisos; uno debe convivir con los demás y negociar con ellos para adquirir y conservar los favores de la fortuna. La Gloria, en cambio, se gana directamente, si uno tiene el genio para ganarla: la gloria es espontánea y súbita. Y si despreciamos la gloria es porque nos falta virtud.

Para Traherne, del otro lado, la gloria es la suma de todas las cosas tangibles y concretas: “Por el propio derecho de tus *Sentidos* tú disfrutas el *Mundo*. ¿No está en tus *Ojos* la belleza del *Hemisferio*? ¿La gloria del *Sol* no paga tributo a tu *Mirada*? ¿Las *Estrellas* no *Irradian Influencias* para perfeccionar el *Aire*? ¿No es el *Aire* algo maravilloso como para respirarlo? ¿No es el *Aire* algo maravilloso como para visitar los *pulmones*, reparar el *ánimo*, revivir los *sentidos*, enfriar la *Sangre*, llenar los *Espacios Vacíos* entre la *Tierra* y los *Cielos*, y sin embargo dejar en libertad a los objetos todos? Valora primero tus *Sentimientos* y luego podrás disfrutar lo que resta: *Gloria, Poder, Dominio, Sabiduría, Honor, Angeles, Almas, Reinos, Edades*.”

El hombre es insaciable de tales glorias, y tal insaciabilidad es buena: “El hombre resulta insaciable por la nobleza de su alma.” Quizás la diferencia entre Traherne y Vauvenargues en este asunto sea que Vauvenargues, como Malory antes que él y en común con la total tradición caballeresca, vio en la gloria un reflejo de la estimación de otros hombres, mientras Traherne, más profundamente, encontró la gloria no en la persecución activa de la estima de los demás, sino en la tranquila posesión del mundo objetivo. “El *Servicio de las cosas* y sus *excelencias* son espirituales, pues no son objetos del *Ojo* sino de la *Mente*; y entre más aprecies las *cosas* y sus *excelencias*, eres más *Espiritual*.” Y sobre todo: “Hasta que tu *espíritu* llene el *Mundo entero*, y sean tus joyas las *estrellas*; cuando te sean tan familiares los *Caminos de Dios y del Pasado* como los caminos por los que paseas y la mesa en que comes; hasta que estés tan profundizado en la *Nada Nebulosa* de la que el *Mundo Fue Formado*; cuando ames tanto a los hombres como para desear su felicidad con celo semejante al deseo de tu propia felicidad; hasta que te regocijes en *Dios* por ser bueno en todo, hasta entonces *disfrutarás el Mundo*. Entonces te sentirás mejor en el *Mundo* que en tu *Castillo*, y estarás más presente en el *Hemisferio* que en tu hogar. Considerarás las glorias y las bellezas del Mundo, recordarás qué recientemente fuiste creado, y qué maravillosamente fue tu *Venida al*





Mundo, y habrá Mayor Fiesta en el Palacio de tu Gloria que si apenas esta mañana hubiera sido creada."

La doctrina de Traherne procede de la meditación metafísica. La de Vauvenargues de la acción. Pero ambas son espirituales. La doctrina de Vauvenargues es más limitada, pues se nutre de la experiencia individual en vez de abreviar del conocimiento universal. En la medida en que su fe fue reafirmada por la lectura, la lectura de Plutarco lo figuró; en Plutarco, la gloria es el premio exclusivo de los héroes. Quizás sea ésta la creencia fundamental de Vauvenargues. Pero ya había discernido, en su *Introducción al Conocimiento del Espíritu Humano*, una conexión esencial entre la gloria y la elocuencia. Hay dos tipos de elocuencia: la de las palabras, que consiste en decir fácil y apropiadamente lo que se le ocurre a uno, y la otra elocuencia: la de las ideas o sentimientos, que se fuerzan a sí mismos hasta lograr expresarse cabalmente. La última es la verdadera elocuencia y es característica de todo gran hombre, sea o no escritor. La elocuencia es la expresión de la gloria, no la gloria verbal sino *la gloria hecha verbo*.

La propia experiencia de Vauvenargues tendía a mostrar que la acción sola no podía demarcar la



gloria, pues el destino y las imperfecciones de la fortuna fácilmente vencían la voluntad más fuerte. Por ello, toda vocación que incluya a los demás es impura; toda virtud es el producto de una lucha solitaria. La gloria es solitaria. Lo que se gana en el exterior no es la gloria, sino la fama (que no tiene qué ver con la gloria, sino sólo con la fortuna). La Gloria debe buscarse en la "corte interior" de la frase de Traherne: "Pensar bien es servir a Dios en la corte interior." Ahí la acción es la elocuencia más directa. La sensación y la idea se unen para crear la imagen exacta de la verdad. El propio Vauvenargues escribió: "Quienes han nacido elocuentes hablan con gran claridad y concisión sobre los grandes temas, tanto que quienes los escuchan no advierten la profundidad de lo que dicen. Los sofistas y los fríos espíritus calculadores se equivocan al considerar la filosofía como una elocuencia de gran atracción, trazada con golpes audaces y fuertes; así, desprecian como frívolo o superficial este esplendor expresivo que es el escudo de los grandes pensamientos."

Hay en ésta y otras observaciones de Vauvenargues sobre la verdad, cierto aire de lo que más tarde se llamaría "sentimiento". Vauvenargues desconfía de la "razón", tanto en la acepción del siglo XVII: austeridad, severidad, represión, como en la del siglo XVIII: materialismo cientifista. "La razón nos engaña más frecuentemente que la naturaleza", es una de sus máximas. Vauvenargues dejaba que una cualidad personal suya, que vagamente podríamos llamar "ternura", matizara sus pensamientos. "Los grandes pensamientos vienen del corazón", es otra de sus expresiones famosas, pero considerando que en ella la palabra "corazón" no tiene nada qué ver con el uso sentimental del término. Vauvenargues anticipa a Rousseau, pero no el menosprecio de Rousseau por el intelecto. Hay una virtud de sabiduría cuando, en aquella máxima, Vauvenargues insiste en el epíteto: "grandes". Este epíteto implica elocuencia; y la elocuencia, como hemos visto, es gloria hecha verbo, lenguaje. Y la gloria está bien lejana de cualquier cosa que queramos pensar de Rousseau. La ternura de Vauvenargues no es sino una aceptación de la base instintiva de gran parte de nuestra vida. Señala Mary Wallas:

"Existía en la mente de Vauvenargues una distinción, heredada de los primitivos siglos de los pensadores griegos más antiguos, entre lo 'natural' o instintivo y los elementos artificiales o adquiridos, en lo que respecta a la conducta humana. Vauvenargues sentía que la 'pasión' era uno de los elementos humanos menos alterables porque era uno de los más 'naturales', y que, en cambio, la 'razón' de los estoicos y de los cartesianos era algo fundamentalmente artificial, impuesto arbitrariamente al hombre". Mary Wallas, en su juicio final sobre Vauvenargues, hace de esta cualidad la gran ventaja de su biografiado: "El valor permanente, no sólo de la psicología del pensamiento de Vauvenargues, sino de



su obra literaria completa, consiste en que este poder innato de observación sensitiva y vívida entró en acción, y en la medida en que no fue intensificado ni desvanecido por los sentimientos vividos durante su experiencia. Su intento de construir una nueva ética fue, tomado en conjunto, un fracaso, pues, mientras que la introspección muy sensible es la más valiosa de las cualidades del psicólogo, al moralista le pedimos otra cosa, más allá de la habilidad psicológica, y es nos conduzca a juzgar el valor permanente de la variada experiencia humana, con cualidades como unicidad de propósito, amplitud de criterio y solidez intelectual. El propósito ético de Vauvenargues se vio confundido por el tumulto de sus propios sentimientos, por un deseo semiconsciente de justificar sus razones y actos personales. No pudo construir una ética consistente para otros hombres, ya que fue incapaz de reconciliar el conflicto entre los impulsos de ambición, timidez y bondad en su propio espíritu."

Esta crítica excelente es, sin embargo, injusta por excesiva. Nada es más cierto, y no hay verdad más actualmente necesitada de apoyo, que la de separar las esferas de pensamiento puro y emoción. Nuestros filósofos sufren de prejuicios emotivos, y nuestra religión de equívocos intentos de volverla "racional". Pero Vauvenargues nada tenía que ver ni con el pensamiento puro ni con la religión. Vio con mucha claridad que la religión es asunto de las emociones, y ahí la dejó en paz. Y no tenía

pretensiones de pensamiento puro. Quizás pensaba en él como en una categoría fantasma, pues escribió en una de sus máximas: "Sin entusiasmo es imposible elevarse a las grandes verdades. La sangre fría discute sin inventar. Quizás el fuego sea tan necesario como la exactitud para hacer un verdadero filósofo." ¿Pero qué queda aparte del pensamiento puro y de la religión? Mary Wallas menciona ética, tradiciones y esas virtudes calvinistas: unicidad de propósito, amplitud de criterio y solidez intelectual. Todo sistema ético inspirado por estos principios al poco tiempo se reduce a un montón de huesos blanqueados. El código de la conducta humana es una ilusión; sólo existe la ciencia de la conducta individual, que se llama psicología, y Vauvenargues es un soberbio psicólogo. Como Pascal. Las severidades de Mary Wallas podían aplicarse lo mismo a ese otro genio, en muchos sentidos complementario a Vauvenargues. Pascal y Vauvenargues, entre ambos comprenden todas las variaciones del alma humana, desde su más profunda inmersión en lo emotivo a la suprema gloria intelectual. Vauvenargues confiesa en alguno de sus escritos que, si tales talentos pudieran convivir juntos, le gustaría pensar como Pascal, escribir como Bossuet y platicar como Fénelon. Quizás no logró pensar, escribir ni platicar con la total grandeza de sus modelos, pero quizás añadió un nuevo talento al de aquellos tres, de tal modo que ahora podemos desear pensar como Pascal, escribir como Bossuet, platicar como Fénelon, y vivir como Vauvenargues.

ALGUNAS MAXIMAS Y REFLEXIONES DE VAUVENARGUES

- 1) Quienes se burlan de los gustos serios, admiran seriamente las tonterías.
- 2) Los consejos de los viejos nos iluminan sin calor, como el sol de invierno.
- 3) El que es capaz de sufrir demasiado, también es capaz de atreverse a demasiado.
- 4) Todo error, expresado con claridad, se desmiente a sí mismo.
- 5) La claridad es la buena fe de los filósofos.
- 6) Elogiar con moderación es señal de mediocridad.
- 7) Nos ofende menos el desprecio total de los imbéciles, que el aprecio parcial de los inteligentes.
- 8) La servidumbre rebaja a los hombres para que la amen.
- 9) El coraje tiene más argumentos contra la desgracia que la razón.
- 10) La ambición destierra los placeres desde la temprana juventud, para gobernar ella sola.
- 11) Descubrimos en nosotros mismos lo que los demás nos ocultan, y reconocemos en los demás lo que nos ocultamos a nosotros mismos.
- 12) Conocer con precisión la fuerza propia es multiplicarla.
- 13) Lo que llamamos un "pensamiento brillante" es a menudo una expresión capciosa que, auxiliada por un poco de verdad, nos impone un error deslumbrante.
- 14) La costumbre lo es todo —hasta en el amor.

- 15) En la soledad la castidad es más difícil.
- 16) El libro más nuevo y original será aquel que nos haga amar las virtudes antiguas.
- 17) Nuestra opinión de los demás es menos variable que lo que opinamos de nosotros mismos.
- 18) La importancia de la virtud es tan evidente que hasta los comerciantes la practican por interés.
- 19) Cuando la fortuna quiere humillar a los sabios los sorprende en las pequeñas ocasiones, cuando están desprevenidos e inermes.
- 20) La conciencia es presuntuosa en los sanos, tímida en los débiles y en los desgraciados, inquieta en los indecisos; es un órgano al servicio de los sentimientos que nos dominan y de los prejuicios que nos gobiernan.
- 21) A veces me digo a mí mismo: "La vida es demasiado corta para que valga la pena inquietarme por ella", pero si un inoportuno me visita, no puedo soportar media hora de tedio.
- 22) Nadie está más expuesto a equivocarse que quien sólo actúa por reflexión.
- 23) Nuestras admiraciones señalan nuestros límites. Cuando se tiene demasiado genio se admira poco, y también se admira poco cuando no se tiene ninguno. La admiración prueba mejor la imperfección de nuestra mente que la perfección de lo que admiramos.
- 24) Toda verdad puede volverse mentira en un espíritu falso.
- 25) El autosuficiente es necesariamente intratable.